

Próximo número:

La hermosa superproducción

MUJERES FRÍVOLAS

obra maestra de Rex Ingram,
director de LOS CUATRO JI-
NETES DEL APOCALIPSIS;
magistral película donde se
desarrolla la mejor historia
de amor llevada á la pantalla.
Es interpretada por los emi-
nentes artistas Ramón Nova-
rro y Bárbara-La-Marr.

POSTAL-FOTOGRAFÍA:
JORGE WALSH

Precio: 25 céntimos
Sale todos los miércoles

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 33

25 cts.



MOVIEDO
DEL CIELO

Tomás
Filmoteca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 33

LLOVIDO DEL CIELO

por TOM MOORE

GOLDWYN PICTURES CORPORATION
CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS, S. A.
Paseo de Gracia, 56 — BARCELONA

—Mira, hermanita, mira.... ¡Qué inmensa bahial ¡Qué portento de la civilización!..... Mire usted, padre, la estatua de la Libertad. Es incontestable que ya llegamos á Nueva York.

—A ver si esta tierra, que causa asombro por su derroche de negocios fabulosos, nos va á ser propicia, hijo.

—Yo estoy contenta, padre, porque veo á Martin muy alegre.

—¿Quién no lo está, querida hermana, cuando uno tiene 25 años, es fuerte, y su cabeza está llena de grandes proyectos?..... ¡Ah! Henos ya á buen puerto. Dentro de unos minutos pisaremos tierra firme, tierra de millonarios, de

colosales financieros..... y de pobres ratas como el trio que formamos nosotros.

Los que así conversaban sobre cubierta de un soberbio trasatlántico, eran tres irlandeses que habian abandonado su isla natal para ir á probar fortuna á la tierra, América del Norte, que sus paisanos llamaban su segunda patria. Eran los restos de la familia O'Gara; á saber: el padre, Neila, la única hija, y Martín el único varón. Años: el cabeza, 60; Neila, 18; Martín, 25. Los miembros de esa reducida familia se querian muchísimo, tanto, que no les preocupaba la idea de que un día se habrían de separar, porque no pasó jamás por su mente la posibilidad de ello. En una palabra, vivían en la más completa armonía y en medio de un cariño poderoso.

Días después de la llegada.

El pisito amueblado que alquilaron en Nueva York les recordaba su cabaña de la aldea de Galway porque... no se parecía en nada. En ésta no habia habido jamás el menor asomo de elegancia en el mobiliario ni en el resto de las habitaciones, como en la nueva casa.

Entre las muchas cosas que llamaron mayormente la atención del padre O'Gara fué eso de que hubiesen trenes elevados que parecían que iban á entrarse por la ventana de los pisos que se encontraban á su mismo nivel. El buen hombre estaba asustado.

Martín, por el contrario, no abandonaba nunca la sonrisa de sus labios, y Nueva York, con sus peligros y todo, le parecía un mundo ideal del que estaba lejos de parecersele la aldea que fué la cárcel de sus primeros años acá.

A la sorpresa de su padre contestaba con risotadas y á lo mejor encontraba solución en todo. Que, por ejemplo, su padre se quejaba de que los tranvías elevados le infundían temor, pues nada tan fácil como decirles que pasaran por la otra calle para no molestarlo.

Una vez, distraído, el padre O'Gara abrió la llave de una lámpara de gas y el flúido esparcióse por la habitación. Martín se aperció de ello y mientras buscaba el motivo, su padre, cayendo en lo que habia hecho, iba á corregir su torpeza, pero en el mismo momento pegó fuego á una cerilla para encender su pipa y se produjo una explosión la cual por fortuna no tuvo mayor importancia que la del susto del padre, que no fué pequeño, gracias á la rápida intervención de Martín quien, echando mano de un par de mantas ahogó el fuego que por efecto de la llama causada por la explosión prendió en los visillos y cortinajes.

Renacida la calma, digámoslo así, Martín, ya de costumbre más risueño que un Concejal con suerte..., cambió su sempiterna sonrisa por una serie de gestos que denotaban su vehementemente satisfacción:

—¡Ya está! ¡Ya he descubierto el oficio á que me podré dedicar! ¡Apagar incendios! ¡Bombero!

—¿Eso te gusta, hermano?

—¿Cómo no? Es una vida descansada y viejaré en auto gratis.

—No me parece mal tu elección, muchacho. Los bomberos ganan mucho... y si te distingues...

—Qué bien le sentará el uniforme, ¿verdad

papá?

Después de varias semanas á ejercitarse en subir los rascacielos y dejarse caer en la red, Martín entró á formar parte de una brigada de bomberos.

La primera vez que se puso el traje reglamentario, operación que se efectuó en su casa, causó asombro á sus familiares. Neila no cesaba de hacer preguntas á su padre sobre Martín:

—¿También le han enseñado á vestirse tan deprisa?... ¿Y para estar más alerta ha de dormir vestido?

A todo ó casi todo, contestaba el padre, más ó menos justamente, pues se le iban los ojos tras de su hijo.

—Bravo, Martín, pareces un almirante de aquellos de nuestra tierra. ¿Adónde vas ahora?

—Hoy no estoy de guardia todavía. Me he puesto el uniforme para dar un paseo y retratarme.

Con el tiempo Martín iba practicándose cada día más en su oficio, y pasaba sus horas de guardia esperando el aviso de algún incendio y preparando la ejecución de un aparato que había inventado.

El proyecto de Martín logró interesar vivamente al capitán Ruard Hodden quien, cierta vez, le preguntó:

—¿Ha patentado usted ya su invento?

—¡Ya lo creo! Ya se me ha quitado el pelo de la dehesa... ¡soy hombre de pupila!

—Está bien, Martín; vale más ser previsor que confiado. Ya le dije á usted y ahora se lo confirmo...

El aviso de un siniestro puso en actividad al

personal de la brigada á que pertenecía Martín, cortando, pues, bruscamente, la entrevista de éste con el capitán.

Llegados que fueron al lugar del suceso, los bomberos se desvelaron por cumplir con su obligación, poniendo á prueba su arrojo y valor.

Ardía en un fuego monstruoso una casa entera.



...¡soy hombre de pupila!

Cuando Claudia Royce se peleó con sus padres y aceptó el hospedaje de su tía, jamás pudo sospechar el peligro que iba á correr en su casa, presa de las llamas.

Varios vecinos y mujeres desesperadas, y en tan apurado trance valientes, se arrojaron desde el balcón á la red, tendida ésta en la calle

por forzudos hombres.

Pero una mujer, cuyo semblante reflejaba el terror, se dibujó en el marco de una ventana. Al mirar hacia abajo hizo un gesto de espanto, retrocediendo instintivamente ante el peligro del vacío é internóse de nuevo en la habitación donde empezaba á entrar un humo denso, asfixiante. Esa mujer era Claudia.

El público que presenciaba el salvamento de los que habían sido sorprendidos por el fuego, vió á la descorazonada mujer y con sus gritos intentó en vano estimularla á que se echáse al arroyo sin temor á no ser recogida á tiempo por la red salvadora.

Martin, ante el espectáculo escalofriante que daba Claudia y convencido de que si ella no se decidía á cobrar valor para salir por la ventana parecería horriblemente quemada, se abrió paso entre las gentes, trepó por la larga escalera hasta la habitación de Claudia, la arrebató á las llamas que ya lamían todo cuánto de combustible había en el aposento, la cargó sobre sus espaldas y entre una clamorosa ovación, la condujo á tierra y de aquí á una casa inmediata para auxiliarla sin pérdida de momento. La señora de dicha casa le prestó ayuda y tras unos segundos de solícitos cuidados, Claudia tornó de su desmayo. El primero á quien vió fué á Martin, y preguntóle:

—¿En qué lugar me encuentro?

—No es eso lo interesante. Dígame primero cómo se encuentra—le contestó Martin.

—Estoy bien, gracias... ¡Usted me ha salvado la vida!

—Eso no ha tenido importancia alguna.

—Si que la tiene, señor mío—manifestó la

señora de la casa donde se hallaba Claudia. —Su laudable comportamiento honra al benemérito cuerpo á que usted pertenece.

Jorge Leland, el hombre que era causa de los disgustos de Claudia, é Isabel, hermana de Claudia, enterados del paradero de ésta después de la riñita con sus padres, y del incendio ocurrido en la casa de la tía protectora, se personaron apresuradamente en donde supieron, gracias á las indicaciones dadas por los espectadores mismos, que estaba Claudia.

Delante de Jorge, su aborrecido pretendiente, quiso Claudia demostrar su agradecimiento á Martin; á tal efecto hizo esta exclamación á aquél:

—Nunca más me hubiera vuelto á ver si no hubiera sido por este hombre.

—¡Ah! ¡Vaines! Este bombero ha sido quien la ha salvado... Bien, hombre, bien; tome usted, para que se tome unas copitas á la salud de la señorita.

—Dispéñeme, señor... no soy un mozo de cuerda, soy un bombero. Que lo pasen ustedes bien.

—¡Oiga, bombero, ¿cómo podría mostrarle á usted mi gratitud?—le dijo Claudia á Martin.

Sonriéndole, éste, con un gesto simpático, y ante la evidente molestia de Jorge, le echó esta flor:

—Dejándose salvar de un incendio todos los días.

El piropo era de fuego... sofocante para Jorge y tibio para Claudia.

Unos días más tarde á Martin le tocó hacer fiesta y se fué á leer en un jardín público.

Claudia fué casualmente á pasar por su lado. El, al verla, le hizo un cortés saludo; ella, ensimismada en sus pensamientos, no reparó en él hasta después de haberla saludado. Como que estaba malhumorada, quería buscar la soledad, pero, de repente, volviendo sobre sus pasos, buscó consuelo en Martín á quien le habló de este modo:

—Si no cuento mis penas á nadie enloqueceré y luego las iré publicando á voz en grito.

—Siéntese en este banco, por favor... Cuénteme, cuénteme, señorita... Soy todo oídos.

—Lo que me sucede á mí, es para morir de pena... Dígame usted... Si sus padres quisieran obligarlo por fuerza á que se casase con una persona millonaria repugnante y odiosa, ¿qué haría usted?

—A fé de buen irlandés que soy, señorita, que la pregunta no me desagrada... pero dudo mucho que ninguna millonaria quisiera casarse conmigo aunque fuese á disgusto.

—Le envidio su buen humor... En cambio, yo he de decidirme forzosamente antes de mañana. Mi padre y mi madre, un día me dijeron que debía casarme con el hombre que ellos me habían elegido. Yo me resistí á consentir que tal hombre me hiciera la corte, y les pregunté:

—¿Por qué he de casarme con un hombre al que no amo... al que no podré amar nunca?

Y ellos me confesaron humildemente:

—Porque tu enlace, hija mía, es nuestra última salvación... ¡Estamos arruinados! Jorge Leland es riquísimo.

Yo me defendí más aún:

—Bien, —dije— por lo visto ya que os estáis vendiendo todo lo que poseéis también que-



—Si no cuento mis penas á nadie...

réis venderme á mí al mejor comprador que halláis en el mercado..... ¿no es cierto?

—No debes hablarnos en ese tono, hija... Nosotros sólo queremos tu felicidad... y estamos seguros de que Jorge te la proporcionará.

—¡Ay, amigo bombero! Preferiría mil veces ir á parar al fondo de un río antes que una sola vez á los brazos del señor Leland.

—¿Así ese señor Leland, señorita, debe ser aquel que intentó darme una propina?

—Sí, es ese.

—En este caso, es cierto, es cierto que no podemos casarnos con ese individuo.

—Pero mis padres quieren obligarme á ello de todas maneras. ¡Oh, yo estoy decidida á suicidarme!

—¡No!... ¡No haga usted esa barbaridad! Reflexionemos,... seamos sensatos.... Se puede hallar una solución.... ¡Eureka! ¡Tengo una idea! Si su problema es casarse con alguien para que luego su familia no pueda obligarla... ¿por qué no se casa usted conmigo? Yo le prometo á usted que sería un marido modelo....

—¿Usted?... Se chanea usted conmigo...

—Tal libertad nunca tomara si de su situación crítica no llega usted á enterarme. Una vez casada, le aseguro á usted que ese Leland no volvería á molestarla... Y usted sería dichosa... Y lo digo, porque la parte peor de una mujer cuando se casa, es que tiene un marido, pero usted viviría libre y tranquila como si fuera una viuda.

—¡Pero si esta es la segunda vez que le veo!

—Y no volverá usted á verme más, si así usted lo desea. El anillo de boda bastará para

que la respeten, los suyos.

—¿Eso quiere decir que usted promete no volverme á ver después de que nos hayamos casado?

—Naturalmente. Verla, ¿para qué? ¿Qué interés podría tener yo en verla?

La mujer... nació mujer y nació coqueta. Las últimas palabras de Martin no le supieron á gloria porque era casi un desprecio que él le hacía con su aplastante indiferencia; sin embargo, la mala impresión fué cubierta por la seguridad de que aceptando la noble proposición de Martin, se vería libre de su odiado galanteador. Hizo Claudia un poco de violencia todavía antes de seguir á Martin, á casa del Pastor, pero al fin convencida por completo, obedeció.

Una hora después, Claudia Royce, ya casada, volvió á casa de sus padres despidiéndose de su *marido* á la puerta.

—Supongo que cumplirá lo prometido—le recordó ella.

—Ese anillo será lo único mio que verá usted, señorita, digo, señora O'Gara.

—Muchas gracias. ¡Me ha salvado usted dos veces la vida!

—Yo soy así, señora... Si otra vez me necesitase... venga usted á mi...

Claudia y Martin se separaron de esta manera, la cual no nos parece la más lógica en unos recién casados. Pero Martin sabía lo que hacía mejor que nosotros. Dejémosle, pues, que se las componga como le cuadre...

En casa de Martin, mientras este meditaba sobre lo que su hombría de bien le empujó á consumir, el capitán Ruard Hodden, rodeado

del padre de Martín y de Neila, enteró á estos del talento de su subordinado, para quien no encontraba las más justas alabanzas, y dijo á su padre:

—Señor O'Gara, puede usted estar satisfecho de su hijo; su invento, que evitará muchas desgracias, lo convierte en un bienhechor de la humanidad.

—Yo siempre dije, papá, que Martinito nos daría una gran sorpresa el día menos pensado.

—Lo que son las cosas, señor capitán; cuando se me ha puesto en la cabeza una idea, he tenido que llevarla á cabo aunque hubiera de costarme sacrificios... Lo mismo pasa á mi hijo con la sola diferencia que lo que á mi se me ha puesto siempre en la testa sólo han sido sendas pipas de tabaco que me he fumado á pesar de mi asma, y lo que se le ha puesto en la mollera de Martín ha sido un aparato de incendios. Las dos cosas guardan relación entre sí: todo es cuestión de humo y de humor.

—Pues alégrese usted, señor O'Gara, porque la inteligencia de su hijo se verá coronada por la realización de estupendos negocios en el orbe... Yo estoy formando una sociedad por acciones para explotar el extintor de incendios que ha inventado su hijo... Y claro, nuestro muchacho ahora podrá casarse.

Al oír esto, Neila cambió de color; eso venía á ser para ella un chaparrón después de haber contemplado un cielo sereno.

El padre de Martín, menos asustadizo, como hombre que era, que su hija, exclamó:

—Antes de lo que haga, le aconsejaré que ensaye en sí mismo su aparato contra incendios.

En este momento apareció Martín:

—¡Cómo, mi capitán! ¿Se va usted porque llevo?

—Me esperan en otra parte, amigo; vine á pasar un agradable rato con su familia. Cuando usted guste, pase por mi casa; le tengo preparados todos los papeles.

—Entendido: mañana iré á firmar la escritura.

Salido que fué el capitán de la casa, Martín, sin saber cómo soltar la nueva de su casamiento, hizo un preámbulo antes de abarcar de pleno el asunto:

—Bien... Esto ya está hecho. ¡Se acabó el carbón!

—¡Pues, hombre, estamos frescos!

—Se acabó la libertad...

—¿Ya no se fabrica ese producto?

—Todo se acabó...

—Bueno, pero ¿acabarás tú de una vez?

—Acabo... acabo de casarme.

A Neila le dió por deshacerse en copioso llanto, y á su padre, por mascar la pipa. Martín, que había previsto esta escena, alcanzó á su hermana y la consoló de esta forma:

—Pero no te pongas así... En "realidad de verdad", no me he casado.

—¿No dijiste que sí?

—En efecto; pero no ha sido un casamiento efectivo... Uno de mis compañeros llevaba traje negro y simulamos la ceremonia... Siéntate á mi lado, Neila, y usted, padre, también. ¿Habéis comprendido? Escuchadme bien y veréis la excusa que tiene mi ardid.

Y Martín refirió en qué circunstancias se había visto obligado á ofrecerse nuevamente co-

mo salvador de la linda señorita salvada una vez por él del fuego, y cómo consiguió hacerla creer que la había llevado á casa de un Pastor *que los había unido con el lazo del matrimonio*, cuando ese Pastor no era más que un buen amigo suyo que puesto al corriente por él de lo que se trataba, aceptó fingir el papel de santo varón.

--La combinación no podía salir mejor--terminó diciendo Martin--Claudia, que así se llama "*mi mujer*", está completamente convencida de que está casada conmigo.

--Pues si quieres que te diga la verdad, hijo mío, eso ha sido una broma de muy mal gusto.

--Papá tiene razón, Martin...

--No soy de la misma opinión, ¿no véis que este falso matrimonio evitará otro que sería un verdadero crimen?... Ya se lo diré á ella cuando haya pasado el peligro.



Al día siguiente, Claudia sentía un remordimiento que no sabía cómo alejar. La víspera, al regresar á su casa después de haberse casado con Martin, se quitó el anillo de boda, pues quería reflexionar de qué manera confesar á sus padres su hazaña. ¡Ay! ¿Qué dirían? Toda la noche habíalo consultado con su almohada, sin hallar una buena solución. Cada vez que miraba á sus padres ó á su hermana le parecía que uno de ellos le iba á echar en cara que por su culpa no volverían jamás á restaurar su menguada fortuna. De pronto, su temor alcanzó su grado máximo, al anunciar el criado á su padre, que en el salón esperaba un reporter. Claudia supuso que la noticia de su casamien-

to secreto con Martin, el bombero, era ya del dominio público, y para evitar que sus padres se enterasen, salió ella á recibir al periodista, y le dijo:

--Preguntaba usted por el señor Royce ¿no es verdad? No está en casa. Vaya usted con Dios.

Pero el señor Royce no se avino á las razones que le había dado Claudia para entrevistarse en su lugar con el reporter, y apareció en el salón con su esposa é Isabel, su segunda hija.

--¿Qué es lo que le trae aquí, señor periodista?

--Sabemos, señor Royce, que su hija se casó secretamente ayer tarde...

Claudia palideció. ¡Estaba descubierta! Tuvo valor todavía de manifestar:

--¡Eso es falso!

Y su padre, enérgico, asintió:

--¡Eso es completamente falso!

No tan enérgica precisamente, una voz femenina, la de Isabel, se dejó oír:

--He sido yo... yo me casé ayer tarde con Jorge Leland.

Sus padres no supieron si echarse á reír ó á llorar pues el efecto que les hizo el notición fué inexplicable, desconcertante.

Claudia, por poco se cae de espaldas de alegría, en primer lugar, y de disgusto por haberse casado con Martin.

El reporter se limitaba á tomar notas en su inagotable carnet.

--Es cierto... di... es posible que tú... Repítelo... ¿te casaste con Leland? ¿Qué significa este embrollo?



...Eso ha sido una broma de muy mal gusto...

—Si, papá, yo me casé... á mí no me desagradaba ¿sabes? y verás... llovía mucho... y como la Iglesia estaba cerca... yo... él... los dos...

—Entra ahí dentro al momento y ya arreglaremos este asunto... Ya lo ha oído usted, señor reporter. Sin embargo, le agradeceré guarde el secreto hasta tanto no haya visto á ese señor Leland. Puede usted volver si gusta, mañana.

Claudia, pasada la primera impresión, habló aparte con Isabel:

—Bien, hermana, bien... Lo interesante para papá y mamá era introducir á ese hombre en la familia.

En ninguna parte del mundo es posible que un periodista guarde un secreto. Una prueba que lo demuestra en parte fué la noticia que publicó en su diario el reporter que asistió á la confesión de Isabel Royce. El suelto decía lo siguiente:

«*Jorge Leland, víctima del amor.*

•*El conocido millonario se casó secretamente con la señorita Isabel Royce. En los círculos elegantes y financieros se comenta el casamiento que ha unido á la aristocrática familia Royce con la opulenta de los Leland.*»

Era inevitable que Martin leyese ese artículo que, ¡cómo no, Panchitol le interesaba extraordinariamente.

—¡Mi querida Claudia! pronunció con alegría. Tendré que ir inmediatamente á tranquilizarla.

En casa de los padres de Claudia, ésta se hallaba sola con varias amigas á quienes había invitado á tomar el té, y con el joven Davidge, con quien Claudia, de haber tardado un minuto más en decidirse, quizás se hubiera casado.

Martin llegó á casa de su "mujer" en pocos segundos.

La doncella le anunció á Claudia:

—Señorita, un bombero pregunta por usted.

La sorpresa de Claudia fué inmensa. ¿Qué quería aquel hombre? Era preciso persuadirlo á que se marchase en seguida y que no volviera jamás á ir á verla. Yendo á su encuentro, Claudia le notificó:

—No crea que haya aquí fuego. Muchas gracias.

—Me parece que me recibe usted algo bruscamente. Sin embargo, creo no faltar á mi palabra. Vengo en visita de inspección.

—Aquí no hay nada para inspeccionar.

—No estoy del todo seguro... Quizás haya algún peligro de combustión espontánea.

Protegido por su cargo de bombero é insistiendo en inspeccionar toda la casa, en vista de la prisa que tenía Claudia por que se fuese, por lo cual debía haber un poderoso motivo, Martin pasó al salón donde las amigas y el "pollo bien" degustaban la colación amarilla, y dió, como vulgarmente se dice, un vistazo por todas partes.

La presencia del bombero no extrañó lo más mínimo á ninguna de las damas ni al "pollito". Lo único que les preocupó un poco fué al temor de que en realidad la llegada del bombero obedeciese á un conato de incendio. Tranquilizadas, las señoras, entre ellas, y con Claudia, que temblaba por dentro, al lado del "pollito bien", se ocuparon de Martin.

—Tiene un tipo interesante ese bombero— dijo una.

—Si, pero eso no es obstáculo para que se—

guramente esté casado con una lavandera gorda y desgraciada—replicó otra.

A ésta le preguntaron:

—¿Acaso conoce usted á la mujer de ese hombre?

Esto sólo lo sabía Claudia... y se abstuvo de abrir la boca por la cuenta que le tenía.

Una dama, más grave que sus compañeras, propuso:

—¿Podríamos hablar de otro tema más interesante?

Claudia la hubiera abrazado de buena gana.

Poco después, se marcharon las amigas de Claudia. El señor Davidge, el "*pollito bien*" salió á acompañarlas hasta la puerta. Una dama, retrasada, despidióse en el salón de Claudia en el momento en que volvía á aparecer Martin.

La dama en cuestión dijo á Claudia:

—No permitas que ese estúpido bombero te eche á perder la tarde.

—Pero es que ese hombre es el que me salvó la vida.

—¡Ah!... Te felicito; mañana á las tres incendiaré mi casa... si él me promete no llegar tarde.

El piropo era fogoso.

Martin, hasta cuyos oídos llegaron esas palabras, contestó á la amable dama:

—A las tres estaré allí... si mi esposa no se opone.

Cuando sólo Claudia quedó en el salón, Martin bajóse de una silla á la que subióse para inspeccionar si detrás de un cuadro había algo que ardiese, para aprovechar la ocasión de hablar á solas con su "*mujer*".

—Claudia... yo... usted ya sabe que lo que...

El intento de conversación fué frustrado por el regreso al salón del "*pollito bien*", quien escamado ya de la prolongada presencia del bombero, le hizo esta pregunta:

—Pero, ¿querrá usted decirme, buen hombre, que hace usted aquí tanto tiempo?

Frio como las sábanas de la cama en invierno, Martin respondió:

Esta mismísima pregunta iba yo á hacerle en este momento.

Ante la frescura del bombero, el señor Davidge optó por retirarse á la biblioteca en espera de que Claudia, despachase á aquél cuanto antes mejor.

De nuevo solos, Claudia enojada, recordó á Martin que no debía haber ido á visitarla sin á lo menos previo aviso.

—¿Y desde cuándo un bombero ha de hacer una solicitud para visitar á su "*esposa*"? le dijo él.

—Pero es que usted me prometió que no vendría á verme nunca.

—Y yo no hubiera faltado á mi palabra si no tuviera que darle una buena noticia.

—No debía molestarme en presencia del señor Davidge.

—¡Ah!... ¿Ese señor se llama Davidge? Lo siento...

—¿Por qué?...

—Porque si usted piensa casarse con ese pitimebre no le devolveré la libertad.

—¡Mi libertad!... ¿Sería usted capaz de devolvermela?

—Si, pero tenga usted presente que es más fácil á una persona echarse al río, que salir de

él, mi querida señorita Claudia.

—¡No me llame usted así! Gracias á usted mi nombre es...

—Claudia, como se ha llamado siempre. En cuanto al apellido, es O'Gara porque usted así lo quiso... aunque esto tiene fácil arreglo, tirando el anillo de boda.

—Le suplico que...

—Sí, me marchó... pero no será la última vez que he venido.

En honor á la verdad, Claudia libre al fin de Martín, por aquel día cuando menos, recordó sus palabras, vió en él un hombre correcto, y sin que ella supiera por qué, no tuvo valor para tirar el anillo de boda que guardaba cuidadosamente.

Desde la casa de Claudia, Martín se dirigió á la del capitán de bomberos, á quien no halló en ella, pero sí en su lugar á su hija.

Cuando el señor Hadden formó sociedad con el joven inventor, su hija empezó á concebir risueñas esperanzas... pero no había de qué. Era buena, simpática, pero su tipo no era el de Martín.

El capitán de bomberos sorprendió á su hija con Martín, la primera tocando música irlandesa y el segundo tarareando la canción del país, con los ojos entornados. Al abrirlos vió á su jefe.

—¿Pero estaba usted ahí, Capitán?...

—No interrumpa usted los gratos instantes del recuerdo, por mí, Martín.

—Ya hemos terminado papá.

—Entonces, accedo. Mi hija Ethel tiene dos pasiones: componer música y arreglar casamientos.

—¡Ahl... ¿Si?

—Ahora mismo está tratando de arreglar el enlace de Claudia Royce con el señor Davidge.

—Pero señorita Ethel, yo creo que el casamiento y la mortaja del cielo bajan. ¿Por qué querer condenar á Claudia á un Purgatorio?

—Créame usted que ese señor Davidge está loco por ella.

—Sí... ya me había parecido que el señor Davidge estaba mal de la cabeza. En fin... Dispénseme ustedes... me había olvidado de una cita importante.

Martín firmó rápidamente la escritura de constitución de sociedad con su capitán, y más rápido aún salió de casa de éste hacia, otra vez, la de Claudia.

Mientras él estaba en camino, Claudia, en el salón de su casa, escuchaba las frases de amor del "pollito bien".

—... Si usted consiente en casarse conmigo sería usted la más feliz de las mujeres.

—He de decirle..... he de..... si..... yo estoy casada...

—¿Qué dice usted, Claudia? Empiezo á creer que uno de nosotros ha perdido el juicio.

—¡Yo era la que estaba loca cuando me casé con aquel hombre!

—¿Quién es él?

—El bombero que usted vió aquí esta tarde. Ese hombre fué quien me salvó la vida en el incendio de la casa de mi tía. Le supliqué que me devolviese la libertad pero él se negó rotundamente.

—Sin duda que á él no le sonó bien la palabra libertad. Es posible que encuentre más natural que se le hable de dinero.

En esto, la doncella anunció al bombero. El "pollito bien" hizo un gesto á Claudia como para decirle que le dejara entenderse con él. Y así que llegó éste, le dijo:

—Escuche un momento, *buen hombre*.

—Mire usted; si se empeña en seguir llamándome *buen hombre*, es posible que pronto le haga cambiar de opinión.

—Bueno, no reñiremos por esa futesa. La señorita Royce y yo creemos que su matrimonio debe ser anulado cuanto antes.

—Pero yo le digo á usted, hermoso niño, que nuestro matrimonio sólo puede anularlo la Iglesia.

—Bueno, basta... ¿Cuánto quiere usted?

—¡Ah!. Veo que me ha comprendido usted. Es usted muy listo ¿sabe? Lo dejaremos en un millón ciento cincuenta pesetas ¿no le parece bien?

—Usted se burla de mí. ¿Para quién son las ciento cincuenta pesetas?

—Para los gastos del expediente.

—Le suplico que hable usted con formalidad.

—¿Se cree usted, acaso, que soy un niño? Lo dicho queda en pie... y ahora, si usted tiene trabajo en algún sitio... por nosotros no se entretenga.

Confundido, "el pollito" ahuecó el ala de allí.

Claudia, admirada de la diplomacia demostrada por su "marido", que no porque era bombero dejaba de ser guapote, y sorprendida de la fantástica proposición que hizo al señor Davidge, le sonrió, agradecida y por su mente pasó la idea de que había de ser amable con su "esposo". Empezó por decirle:

—Yo nunca hubiera dicho que usted me ava-

lorase en un millón ciento cincuenta pesetas.

—Yo, amor mio, te avaloro en un tesoro que fuera de tí no existe. No comprendiste hasta ahora lo mucho que te he amado desde el primer día que te vi. Nuestro amor podía ser más hermoso que ninguno porque fué salvado de la muerte... por el amor.

—Yo no sé lo que pasa por mi, Martín...



...por nosotros no se entretenga..

—A pesar de todo aun creo que puedo hacer de tí una gran mujer.

Se abrazaron lindamente.

Los padres de Claudia llegaron á tiempo de verlos juntifos.

—¿Qué significa la presencia de este hombre aquí, hija?—preguntóle su padre.

—Ya no quiero escuchar más vuestras pro-

posiciones de pretendientes ricos. El señor O'Gara es mi esposo.

—Vete á tu cuarto inmediatamente ¡Desgraciada!

—Papá, olvida usted que en mi sólo manda mi esposo.

—Pero ¿qué estás diciendo, atolondada?

—Me casé con él porque le amaba y me iré á su casa ahora mismo, ¿verdad esposo mio?

Martin satisfecho de haber triunfado sobre Claudia, pero metido por eso mismo en un laberinto de difícil salida, porque estaba "casado" no estándolo, es decir, no podía, á conciencia, usar de ningún derecho sobre Claudia, sin volverse á casar, pero esta vez sin trampa, hubo de sostener la situación hábilmente. Por esta razón contestó á Claudia:

—Hay una dificultad. En este momento no tengo casa á donde llevarte.

—Pues entonces, llévame á un hotel, ¡tonto!

—Es que en este momento no puedo llevarte á parte alguna... Me lo impide un poderoso motivo.

Claudia, no acertando á comprender la conducta de su "marido" delante de sus padres, se puso hecha una furia y exclamó enojadísima:

—¡Usted no me ama!... ¡Le detestol... Usted goza humillándome... No quiero volverle á ver nunca más... Tome, aquí tiene usted su anillo...

Ella dijo "aquí tiene usted su anillo" pero lo arrojó al suelo con todas sus energías, lo que no era lo mismo porque Martin tuvo que buscarlo un rato.

Tomando la cosa á broma, Martin, antes de marcharse, dijo al padre de Claudia:

—Señor Royce... ¡Vaya un genio que tiene su señora hija!... Tiró el anillo, bueno; lo llevaré conmigo porque un hombre no debe ir por el mundo sin llevar en el bolsillo un anillo de boda. A veces puede necesitarlo con urgencia.

Los señores Royce convinieron, asombrados, en considerar á Martin como el fresco más fresco que el más pintado.

La luna de miel de Claudia brilló por su ausencia. Cierto día, la señorita Ethel, hija del capitán de bomberos, la invitó á tomar el té.

—Hacia unos días que no nos habíamos visto, Claudia. Hoy no la dejaré marchar en seguida: quiero que me dedique usted la tarde. El director de una nueva compañía de la que papá es Presidente, nos llevará á paseo en auto. Se trata de un hombre muy simpático que podría convenirle á usted. Mire, ya está aquí... voy á presentárselo... El señor Martin O'Gara... La señorita Claudia Royce...

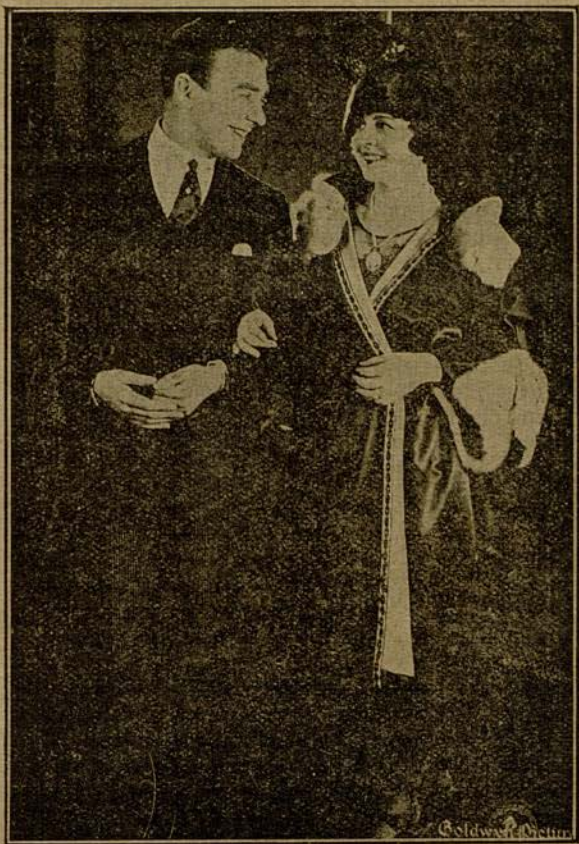
Claudia abrió desmesuradamente los ojos. Martin transformado en "elegante" gracias al rendimiento de su invento, era su "esposo"... el bombero.

Martin fingió con malicia y dijo á Claudia, conteniéndose la risa:

—Me parece que la conozco á usted de hace ya tiempo... de cuando yo era bombero. La señorita Hodden ha sido siempre muy amable conmigo, especialmente desde que soy socio de su padre.

—Dispensen ustedes— interrumpió Ethel— supongo que ustedes harán el favor de esperarme mientras voy á ponerme el sombrero.

Solos, Claudia se dejó dominar por su "esposo" que con suma delicadeza la condujo á



Martin condujo en efecto á Claudia ante su padre y su hermana...

su auto, la hizo subir á él, y sin esperar á la señorita Ethel emprendió veloz marcha.

—¿Adónde quiere usted llevarme?—le preguntó Claudia, subyugada.

—¡A mi casal.

Esta vez, mayormente que la primera vez que le habló de amor Martin, no sabía Claudia lo que por ella pasaba.

El señor Hodden presenció la fuga de su socio con Claudia y exclamó á su hija, que salía entonces, sonriendo:

—¡Qué es esto, Dios mío! ¡Otro rapto en pleno día!

—Esto, papá, ha salido tal como lo había pensado yo con el señor O'Gara.

—¡Arreglaste otro casamiento!...

Completamente convencida de que Martin era para ella, Claudia, el hombre elegido por el destino, olvidó sus rencores, que trocó por verdadera admiración al suponer que su "marido" no había querido llevarse á vivir con él hasta que hubiese alcanzado una posición desahogada, cosa que al parecer ya había conseguido.

Martin condujo en efecto á Claudia ante su padre y su hermana, avisados de antemano. Estos la recibieron con mil amores en una casita muy mona, que gustó mucho á Claudia, adquirida por Martin para el fausto acontecimiento de la reconciliación con su "mujer".

El padre de Martin murmuró á la oreja de su hijo, refiriéndose á Claudia, radiante de felicidad por la de su hijo:

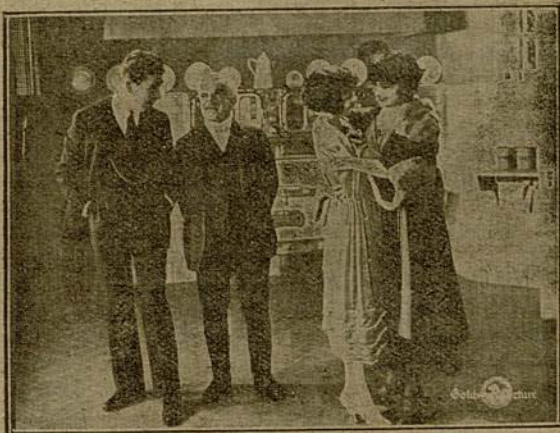
—Chico, esto es magnífico; yo no lo hubiera hecho mejor.

Y mientras Neila, hermana de Martin, abra-

zaba á Claudia, también el señor O'Gara dijo á Martin:

—¿Es cierto que esta no es irlandesa?... De todos modos, apruebo tu boda porque debe ser bastante lista la mujer que cace á uno de los nuestros.

Ejecutando un gesto de Martin, su padre y su hermana pretextaron tener que acudir al



—Chico, esto es magnífico; yo no lo hubiera hecho mejor.

interior de la casa por una razón cualquiera, para dejar solos á los enamorados.

Entonces, abrazando á Claudia, Martin la musitó:

—¿Estás contenta? Si me prometes no volverlo á tirar, te entrego el anillo inmediatamente... Pero ¿no te parece mejor que nos ca-

semos primero?

—¿Qué está usted diciendo?

—Ya te lo explicaré otro rato... El primer casamiento fué una comedia.

—¡Oh, qué desfachatez! ¿Cómo se ha atrevido usted?

—Venga usted aquí, señorita nervios. Nos queremos de verdad, ¿no es cierto? Por tí he querido ser lo que soy. Hice lo que hice por sacarte de apuros... y todo nos ha salido bien. ¿Qué más podemos desear? Anda, ¿quieres hacerme el favor de decirme que te estás muriendo de ganas de ser mi adorada mujercita?

—Me has jugado una mala partida...

—Es verdad; pero ahora, cielo mío, te compensaré con creces yendo á buscar los dos la buena *partida*... de matrimonio.

Unos días después, las campanas de la Iglesia vecina de la coquetona villa de Martin, tocaron á gloria, á guisa de epilogo anhelado de una novela de amor...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

¡COLECCIONISTA!

Por fin están ya listas las reimpresiones de los números atrasados de nuestra publicación. Desde hoy puede usted pedir en todos los kioscos, puestos de venta y bibliotecas de todas las estaciones de España, los ejemplares que le falten para tener completa la colección de nuestras novelas y postales.

No deje usted de adquirir en seguida los números que tanto tiempo ha buscado, para evitar el quedarse sin ellos si de nuevo se agofan.

DE VENTA EN:

Todos los kioscos

**Todas las bibliotecas de las
estaciones de F. C.**

**Todas las buenas correspondencias
de España.**

Números corrientes: 25 cts.

Preparándose una gran sorpresa, sentiría usted no tener toda la colección.
¡Alerta pues y no espere más tiempo!